

9480

Regulo

51

RÉGULO.

TRAGEDIA NUEVAMENTE ESCRITA , EN TRES ACTOS.

(*Imitacion de la de Mr. Arnault.*)

POR DON AGUSTIN AZCONA.



MADRID.

EN LA IMPRENTA NACIONAL.

1848.

MEMORIAL

OF THE

PROGRESS OF THE

ARTS AND MANUFACTURES



OF THE

PROGRESS OF THE

ARTS

PERSONAGES.

ACTORES.

RÉGULO.....	D. JUAN LOMBIA.
ATILIA, <i>su hija</i>	DOÑA JOAQUINA BAUS.
PUBLIO, <i>hermano de Atilia,</i> <i>soldado romano</i>	} D. PEDRO SANCHEZ.
MANLIO, <i>Cónsul</i>	
LICINIO, <i>Tribuno popular</i> ...	D. FRANCISCO LUMBRERAS.
AMÍLCAR, <i>General cartagines</i> .	D. JOSÉ REVILLA.

SENADORES.

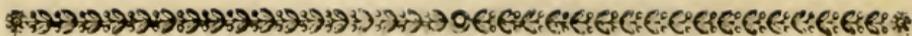
LICTORES.

SOLDADOS.

PUEBLO.

CARTAGINESES, *del séquito de Amílcar.*

La accion se supone cerca de Roma, en el año 254 ántes de Jesucristo.



ACTO PRIMERO.

El teatro representa la parte interior de un templo dedicado á Marte, En el centro y á la línea de los terceros bastidores se ve la estatua del Dios. Al foro, y á través de un intercolumnio, se descubre parte de Roma y el Capitolio. Varias estatuas de los grandes hombres de la República, colocadas oportunamente en ambos lados.

ESCENA I.

(*Empieza á amanecer.*)

ATILIA, sola, postrada delante de la estatua de Marte.

Primero árbitro, augusto y poderoso,
de la vida y la gloria de los pueblos:
próvido tutelar de los romanos,
terrible domador del universo.....
dígnate una mirada compasiva
lanzar sobre el valiente prisionero,
y oír en su favor mi voz doliente.
Vela tú de Cartago en el imperio
por mi afligido padre, y que descienda
de Roma sobre el hijo predilecto
la piedad de los Números latinos.

ESCENA II.

ATILIA. LICINIO.

(*Atilia se levanta, y al retirarse hácia el foro se encuentra con Licinio, que atraviesa por el intercolumnio.*)

ATILIA. ¿Licinio?

LICINIO. ¡Atilia hermosa! ¿Qué suceso....

¿Cuál motivo á este sitio te conduce al despuntar el alba? Aun baña Febo su carro de oro en las azules ondas, Roma reposa en la quietud y el sueño....

¡Tal vez solos tus ojos y los míos desvelados están! ¿Y lloras? ¡Cielos!

ATILIA. Despues que á las regiones africanas, de nuestra patria desgraciada huyendo, la inconstante victoria pasar quiso; y despues que en aquel dia funesto que aun excita el terror y arranca llanto, nuestras legiones destrozadas vieron esclavo su caudillo valeroso, confidente en mi amargo desconsuelo es de Marte el santuario venerable. El mármol de este helado pavimento humedecen mis lágrimas copiosas, y al desahogar el oprimido pecho, las bóvedas altísimas repiten del hondo suspirar los tristes ecos. ¡Dioses! ¿Quien me dará de pena tanta el término prever? Suplicio lento me impone la cruel indiferencia del Cónsul, prolongando el cautiverio de mi padre, y con él la desolada horfandad de la hija! Logre al ménos despertar la justicia de los Dioses! No.... no hay romanos ya, que sus aceros empuñen de un romano en la defensa; pero hay Dioses, Licinio. Yo me atrevo á contar con su auxilio omnipotente.

LICINIO. Si pretenden los Cónsules hacernos ingratos, si á las cívicas virtudes el justo galardón negar pudieron, y el infortunio santo no recobra en apáticas almas sus derechos; de ese fatal, imperdonable olvido, de esa injusticia atroz ¿infames reos serán cuantos de Roma el nombre llevan? No, Atilia! ¡No, mi bien!

ATILIA. ¡Ay! Roma un tiempo para mí mas dichoso, fue testigo de la virtud y del valor modesto que á la par en el campo y en el foro digno de eterna admiración le hicieron. Humilde, aunque de triunfos rodeado, y del sacro laurel la sien ciñendo, no ostentaba el orgullo desdeñoso, ni la altivez de un vencedor soberbio con la propia victoria envanecido.

LICINIO. Ambos nuestras plegarias uniremos al pié de los altares á los votos de Roma toda, que impaciente al seno le llama de su amor.

ATILIA. Cuando Cartago el mundo tiraniza, ya pequeño á la soberbia púnica, y la muerte ó eterna esclavitud manda á los pueblos, ¿basta que derramen los romanos el llanto del vencido, desmintiendo con su debilidad la excelsa gloria de tantos héroes? ¿Dónde está su genio? ¿Quién contiene los brazos vengadores? ¿Faltan las armas? Hállanse los puertos sin naves, ó los muros sin defensa?

LICINIO. Soldado fui; de mi deber austero constante observador, solo he podido callar y combatir. Hoy que á mi celo de popular Tribuno el alto cargo Roma confía, tan fatal misterio descubriré.

ATILIA. Nos cansa y envilece el reposo, Licinio. A Roma veo

desfallecer en la quietud. Al puro entusiasmo sucede el desaliento, la flojedad, la indecision cobarde. ; Ansiosos de adquirir nobles trofeos al africano bárbaro humillando, yacen aquí en el ocio los guerreros, y la venganza inmóvil permanece!

LICINIO. Mi voz al proclamar hoy los decretos del pueblo rey, cambiar sabrá el destino de tu padre infeliz. Aun no pretendo recordarte, adorada prenda mia, el antiguo y sagrado juramento que auguró de Licinio la ventura. Bendecia tu padre el amor nuestro, y quiso que por siempre nos uniera con vínculo feliz el Himeneo.

A esta pasion tan férvida, tan pura los hados enemigos se opusieron, y un porvenir dichoso nos dilatan... mas no importa. Tú vives aquí dentro, y despues de la patria eres, Atilia, de mi ternura el exclusivo objeto. Yo lucharé: del Cónsul, del Senado sabré triunfar: me volverás tu aprecio; y reinaré en el alma de la hija, rotos del padre los pesados hierros.

ATILIA. De un amante leal y generoso todo debí esperar. A los esfuerzos de tan constante amor, mi hermano Publio se unirá. Joven es, mas ya su pecho blanco ha sido á las lanzas enemigas.

LICINIO. El viene.

ESCENA III.

ATILIA. LICINIO. PUBLIO, *que entra por el foro.*

ATILIA.

¡Publio!

PUBLIO.

Bondadoso el cielo quizá nos oye. Atilia, el sol radiante que ya brilla en las cumbres del Tarpeyo

nos prepara tal vez un fausto día.
 Dos naves africanas, de los vientos
 favorecidas, guían hácia Roma,
 y muy en breve arribarán al puerto.
 Honda inquietud en los semblantes vaga
 de cuantos las han visto, y todos llenos
 de admiración investigar pretenden
 con varias conjeturas los proyectos
 que sobre Italia forma el enemigo.
 Tiénesese por seguro que previendo
 de una nueva campaña los desastres,
 recurre de la astucia á los manejos,
 la guerra esquiva, y á dictarnos viene
 la paz. Tocamos el feliz momento
 en que Roma despierte, y se levante,
 y á lavar se apresure el vilipendio
 de que cubierta está. Si un Dios propicio
 no niega su favor al ardimiento
 de mi fogoso corazón, al odio
 que Cartago me inspira, yo el primero
 partiré.... y pronto, Atilia, á tus oídos
 vendrán las nuevas de arrogantes hechos.
 El que busca la muerte ó la victoria,
 cerca está de vencer.

LICINIO.

¡Cuál me envanezco
 de la gloria mirándote en la senda
 con tanta decisión, con tanto aliento!
 Honor al que á los Dioses y á la patria,
 cual tú, Publio, consagra sus afectos,
 sus mas floridos días! Si la suerte
 le hiciere sucumbir, triunfos eternos
 á su lado los Númenes le guardan,
 y en galardón y merecido premio
 aureola inmortal su frente ciñe.
 Unámonos: los dos nos llamaremos
 hijos del grande Régulo, y hermanos.
 Sí, hermanos, Publio; y pronto fin poniendo
 á su cruel y larga desventura,
 en breve sea á nuestro amor devuelto.
 Sin duda las dos naves africanas
 que divisado habeis, de aquellos reinos
 traen el embajador al Capitolio.

Ensancha, Publio, el palpitante pecho.
 Al resolver, los padres de la patria
 podrán acaso vacilar perplejos;
 pero no hay recelar, hoy en el Foro
 potente va á vibrar mi voz de trueno.
 Vuela tú á las legiones; á Licinio
 se unirán los patricios y plebeyos.
 Que la guerra ó la paz elija Roma.
 Que á las playas del Africa marchemos,
 y con los enemigos sin tardanza
 blandamos nuestras lanzas cuerpo á cuerpo,
 ó pronta libertad para tu padre,
 de Roma orgullo y prez, gloria y ejemplo.

ATILIA.

Héroes me pareceis.... ¡Ay! mi amargura
 al escucharos minorarse siento;
 pero temblad, temblad si divididos
 acaso en la eleccion Senado y Pueblo
 su impura tea la discordia enciende.
 De la gloria y poder de los imperios
 es, Licinio, la union sólida base.
 Sí, hermanos generosos; harto tiempo
 vió en daño suyo la angustiosa patria
 combates empeñados y sangrientos
 ¡qué horror! entre romanos y romanos,
 y la sangre á torrentes descendiendo,
 del caudaloso Tíber los raudales
 crecer con ella. Cuadro tan funesto
 de mi vista apartad. Hablaré al Cónsul
 por la postrera vez. Aquí le espero.
 El hombre en la morada de los Dioses,
 de un pavor santo por do quier cubierto,
 á imitarlos se siente conmovido.
 La virtud reina aquí como en su centro,
 é iluminando del mortal la mente,
 le hace piadoso, compasivo y bueno.

PUBLIO.

¡Ah! No á los piés del Cónsul humillada
 te vea yo. ¡Jamás!

ATILIA.

Nos sometemos
 á la imperiosa ley del infortunio.
 No es infamia, no es vil abatimiento
 suplicar por un padre desgraciado.

LICINIO.

No, mas el Cónsul, cual rival eterno

de quien lograra....

ATILIA. El Cónsul es romano.
Siempre supo inspirar alto respeto,
veneracion profunda el heroismo
en las almas romanas.

PUBLIO. Este acero
nos dará la venganza, si él vengarnos
rehusa todavía.

LICINIO. Los momentos
son preciosos: recorre nuestras filas,
recuerda la memoria de sucesos
gloriosos en que Régulo á la patria
altos blasones conquistó....

PUBLIO. ¡Yo vuelo!
¿Quién sabe si los Dioses me reservan
para que sea un dia el instrumento
de su cólera justa, exterminando
la raza criminal de los protervos
enemigos de Roma? Mil valientes
que nuestra patria y leyes defendieron
al lado de mi padre, y conducidos
fueran por él de la victoria al templo,
libran sus esperanzas en el hijo.

LICINIO. ¡Tu nombre es un presagio lisonjero
que el triunfo á no dudar nos pronostica!
Nada será bastante á contenernos.
De su poder y autoridad tu amante (*A Atilia.*)
se armará tambien hoy. Si en tal empeño
la víctima inocente no se salva....
de guerra á muerte estallará el incendio.
Sí.... y en pos de las águilas romanas
los dos á libertarla partiremos.

(Licinio y Publio se retiran por el foro, sobre el ángulo de la izquierda del actor, al mismo tiempo que tambien por el foro, pero sobre el ángulo de la derecha, se dejan ver los Lictores que preceden al Cónsul. Entran en el templo uno á uno y se colocan delante de los primeros bastidores de la derecha.)

ESCENA IV.

ATILIA. MANLIO. *Lictores.*

ATILIA. Impaciente ya, oh Cónsul, te esperaba.

MANLIO. Dí, pues.

ATILIA. Tan solo repetir sus quejas
es dado á Atilia, y demandar humilde
del Senado y del Cónsul la clemencia.
¡Ay! ¡Que sensible á mi dolor amargo
tu corazon benigno se enternezca!
Bajo este mismo pórtico mi padre
abandonó las rústicas tareas
cien veces, y la púrpura vestida,
á lidiar por la patria y defenderla
partió empuñando el hierro fulminante.
Arrostró los peligros con firmeza:
consiguíó al Capitolio cien batallas;
sujetó diez naciones á su diestra,
é igual se hizo..... ¡superior acaso!
á estos héroes famosos que nos cercan.
Numa, Bruto, Camilo..... tantos otros
que agradecida Roma reverencia,
no hicieron mas, si bien, propicio el hado,
mas les favoreció. ¡Dura cadena
con larga, ignominiosa servidumbre....!

MANLIO. Cuando al campo salí por vez primera,
la fama ya ensalzaba sus virtudes,
y su valor heróico y sus proezas;
y reveló á mis ojos el terrible
debelador del Africa soberbia.
Rivales fuimos, si guiados siempre
de iguales sentimientos. Roma entera
nos miró, nos juzgó y le merecimos
de estimacion inapreciables muestras.
En los dias del triunfo algunas veces
discordes Manlio y Régulo se vieran;
pero siempre en los dias del peligro
marcharon de comun inteligencia,
y su sangre vertieron por la patria.

¡Régulo fué vencido! En tan funesta
desgracia, de un rival digno de Manlio
la suerte lamenté! Lloro su ausencia!
pero de grandes riesgos rodeada,
no es justo, no, que Roma solo atienda
al privado interés de una familia.

ATILIA. Cónsul, reflexionad que al protejerla
servís de Roma el interés.

MANLIO. ¡Tenemos
soldados todavía!

ATILIA. Mas apénas
resisten hoy del Africa el ultraje
esos romanos que otro tiempo hicieron
crujir al ronco estruendo de las armas
los diamantinos ejes de la tierra,
y á remotos paises nuestro nombre
lleváran..... Ya la gloria se deserta
de nuestros muros..... y amenaza á Italia
Cartago con la muerte ó con la afrenta!
En su orgullo feroz nos escarnece,
y al oprimido campeon enseña
al orbe cual padron de nuestra infamia....
¡porque un Régulo no hay!

MANLIO. A la violencia

cedemos del destino: ni Cartago
nos impone, ni huimos con vileza,
ni batallar de nuevo rehusamos;
pero evitando que Cartago venza,
sin batallar, victorias conseguimos.

ATILIA. Y en tanto, oh Cónsul, entregado queda
Régulo á su desgracia, y sus virtudes
y su largo sufrir se menosprecian,
y del olvido en la profunda sima
se perdió ya su nombre! ¡No recuerda
la ingratitud romana que volviendo
terminado el combate á la paterna
mansion, dó le aguardaban afanosos
sus hijos y su esposa, la pobreza
y la gloria tan solo les traía
en santa abnegacion por recompensa!
¡Roma degenerada! A cien malvados
que hicieron vil traicion á tus banderas,

clavando aleve hierro en tus entrañas
 prodigas los honores y riquezas.....
 y al soldado leal y generoso
 que te ofreció la sangre de sus venas,
 y el pecho de profundas cicatrices
 recibidas por ti lleno presenta,
 en premio de las ínclitas hazañas
 le guardas el olvido..... la miseria!

MANLIO.

A costa de mi vida, te lo juro,
 consolára el dolor que te atormenta.....
 Por enjugar tus lágrimas copiosas
 grata á mi corazon la muerte fuera.
 ¡Nunca asustó la muerte á un buen soldado!
 Mas deben el valor y la prudencia
 marchar de acuerdo, y marcharán, Atilia.
 Enjuga el llanto y tu dolor modera.
 ¡Roma va á despertar! ¡Ay del que insulte
 al leon soñoliento! Ya en Tarpeya
 del pueblo Rey se alzaron los pendones.
 La formidable hueste solo espera,
 á Cartago y Sicilia amenazando,
 la señal de marchar y someterlas.
 Mi ilustre y denodado compañero
 los anchos mares con sus naves puebla,
 y acaso no está lejos el instante
 en que mas poderosa, mas soberbia,
 mas terrible que nunca se alee Roma;
 y sin que baste humana resistencia,
 humille á sus contrarios, los aterre,
 y les dicte la ley. Cartago miéntras
 una embajada al Capitolio envia;
 querer la paz sagaces aparentan,
 y del Senado en nombre Amílcar viene
 y del pueblo africano á proponerla.
 Bien pronto en estos muros le veremos.
 ¡Plegue á Jove que hoy mismo te convenzas
 de que no me conoces, y un motivo
 quizá feliz de conocerme tengas!

ATILIA.

Ya que mi llanto conmoverte pudo,
 logre que á los paternos Lares vuelva
 el oprimido Régulo, y de Atilia
 pon término al penar. Sí.... la grandeza

del alma en los consuelos resplandece
 que al virtuoso infortunio se dispensan.
 El mundo á tus cuidados le confia.....
 El mundo á tu custodia le encomienda.....
 ¡Un hombre grande, oh Cónsul, pertenece
 al universo!

(*Se oye rumor popular.*)

MANLIO. ¿Qué rumor..... qué nueva
 connocion?....

ESCENA V.

ATILIA. MANLIO. LICINIO, *que viene presuroso por
 el foro. Los Lictores.*

LICINIO. ¡Santos Dioses!
 MANLIO. ¡Habla!
 LICINIO. ¡Atilia!

MANLIO. ¡Licinio!
 LICINIO. ¡Albricias!
 MANLIO. ¡Cómo!
 LICINIO. ¡Ya á la eterna
 justicia de los Númenes de Roma
 hizo lugar la cólera!

ATILIA. ¿Podieran
 retirar sus maléficis influjos
 los hados enemigos?

MANLIO. Dí..... ¿qué esperas?

ATILIA. ¡Ay! ¡Mi padre está en Africa!

LICINIO. Tu padre
 está en Roma.

MANLIO. ¡Su padre!

LICINIO. Las arenas

del patrio suelo de pisar acaba.
 ATILIA. Ventura inesperada! Verdadera
 justicia de los Dioses, te bendigo,
 y al bendecirte, adoro la suprema
 bondad que á mi cariño y mi ternura
 devuelve un padre!

(*Atilia va á marchar. Licinio la detiene.*)

LICINIO.

La ciudad entera
 le aclama, y en confuso torbellino
 al puerto corre multitud inmensa.
 No bien fijó la planta entre nosotros,
 en pedazos volaron las cadenas
 que sus robustos brazos sujetaban.
 Gritos alegres por do quier resuenan
 que el pueblo lanza, de entusiasmo henchido.
 Las matronas romanas se le muestran
 á sus hijos, y « ¡Vedle..... ved al héroe! »
 dicen fuera de sí. Luego le cercan
 los ancianos de Roma enternecidos,
 y entre sus brazos débiles le estrechan,
 bendiciendo de Jove las pidades.
 Régulo casi absorto los contempla
 lágrimas abundantes derramando,
 y al mirar la agitada efervescencia
 del pueblo rey, con inspirado acento,
 « ¡Hijos, no á mí el aplauso! » les contesta.
 « ¡No á mí el honor! ¡A Roma y á sus leyes!
 « ¡Del Lacio á la sagrada independencia!
 « ¡Que la romana libertad se ensalce,
 « y los tiranos por jamás perezcan! »
 Entónces, nuevamente entusiasmados,
 le vuelven á estrechar y todos besan
 su mano, disputándose á porfía
 el honroso placer de merecerla.
 Rehusarlo intentó, mas era inútil
 contrarestar la insuperable fuerza
 del torrente impetuoso. Una mirada
 de enérgica expresion y fuego llena
 dirige hácia el excelso Capitolio,
 y al regocijo universal se entrega.
 De Amilcar precedido, le conducen
 triunfante, Atilia hermosa, á tu presencia.

(*El rumor popular arrecia gradualmente.*)

ESCENA VI.

ATILIA. MANLIO. LICINIO. REGULO. PUBLIO.
 AMILCAR. *Lictores, Pueblo, Soldados romanos, Soldados
 cartagineses.*

ATILIA. ¡Cielos!.... ¡Padre adorado! ¡Al fin consigo
 á Régulo abrazar!

RÉGULO. ¡Hija! ¡Sí! Llega....
 ven á mi corazón. Amigos, Cónsul....
 hijos.... patria adorada.... ¡Cuán sincera
 es la expresión de vuestro fiel cariño!

(*Régulo se arrodilla y besa el pavimento.*)

¡Cuán dulce le es á Régulo esta tierra
 besar y saludar! ¡En este día
 la adversidad cruel y mis horrendas
 calamidades al olvido entrego.
 Ya miro á Roma, la ciudad primera
 del universo, donde libre el hombre
 la indomable cerviz nunca sujeta
 de orgulloso tirano á los caprichos....
 donde solo se acatan y veneran
 cual señores los Númenes augustos....
 do la santa justicia única regla
 es de los aguerridos ciudadanos,
 y sus acciones con la ley nivela.
 Salud, plantel fecundo, digna cuna
 del honor y virtud. Allí la diestra
 de Bruto alzó el puñal que dió á la patria
 la libertad, la vida, las severas,
 inexorables leyes, fundamento
 de la gloria de Roma y su grandeza.
 Allí de los Horacios y Camilos
 el entusiasmo cívico se viera....
 ¡y aquí al partir al Africa juramos
 triunfar ó perecer en la pelea
 lidiando por la patria! Derrotados
 los bárbaros, á Marte por ofrenda

traíamos al pié de estos altares
 con magnífica pompa las preseas,
 y los despojos de vencidos Reyes.
 ¡Dias afortunados, que renuevan
 en mi memoria imágenes tan gratas!
 ¡Noche horrorosa y lóbrega! ¡Ay! ¡Apénas
 oscurecer el resplandor pudiste
 que en fausta aurora fúljido luciera!

(*Con la mas profunda amargura.*)

¿Jamás renaceréis para la patria,
 dias de gloria? Mas..... ¿á dónde vuela,
 romanos, la exaltada fantasía,
 que audaz profanacion puso en mi lengua?

(*Mudando de tono, y tomando el de la narracion; pero siempre muy conmovido.*)

En remotos paises, ciudadanos,
 se desprendió de la elevada esfera
 un rayo abrasador, y el poderío
 de Roma á debilísimas pavesas
 reducido quedó. Cayeron todos
 los guerreros impávidos que fueran
 en cien y cien batallas vencedores.
 ¡Hijos de la República! Cubiertas
 de cadáveres vi las africanas
 llanuras. Por do quier lanzas sangrientas.....
 rotas espadas, quebrantados yelmos....!
 Rivales en valor y fortaleza
 á cual con mas desnudo combatian.....
 Sus preciosas reliquias en la arena
 insepultas, del mundo abandonadas,
 pasto abundante fueron á las fieras
 bajo un cielo enemigo..... mas ¡no tumbas,
 altares se les deben!

AMILCAR.

Juno quiera
 que hoy, romanos, se extingan nuestros odios.
 De dos naciones grandes y guerreras
 el fausto porvenir asegurado
 hoy mismo vais á ver. La paz desca
 Cartago, y el valiente prisionero,
 si se ajusta la paz, en Roma queda.

PUEBLO. ¡La paz! ¡La paz! ¡A Régulo salvemos!
 RÉGULO. ¡Romanos! No con tanta ligereza
 al entusiasmo os entregueis. De Roma
 la ventura ¿pensáis que en mí se encierra?

(*Se vuelve hácia la estatua de Marte.*)

Por la patria velad, eternos Dioses:
 por su gloria y salud, y que en la senda
 del acierto fijemos nuestra planta!

Sí, romanos: el grito comun sea
 la salud de la patria, en sus altares
 corramos á inmolarlos sin reserva.

¡A Roma el sacrificio.... á Roma solo!

Ya nos mande la paz, ó ya la guerra,
 solo á los intereses de la patria
 el que romano se apellide atienda.

¡No el esplendor de su temido nombre
 torpemente se empañe ni oscurezca;
 y cuando la desgracia nos persigue
 y en humillar nuestra altivez se empeña,
 por la desgracia misma parezcamos
 mas grandes todavía!

LICINIO. El pueblo espera.

Entrad, Régulo, en Roma.

RÉGULO. No: las leyes
 entrar en Roma á los cautivos vedan.

LICINIO. El pueblo las revoca.

PUEBLO. ¡Sí!

RÉGULO. ¡Tribuno!

¿El pueblo las revoca? ¡Tal demencia
 no escandalice al mundo! Los que audaces
 la santa ley conculcan ó atropellan
 labran su esclavitud. ¡Sin ley no hay patria!

PUBLIO. Y cuando Roma, oh padre, abre sus puertas
 tras larga ausencia al héroe idolatrado,
 ¿de tanto amor esquivareis la prueba?

ATILIA. Ceded, padre, ceded. Entrad en Roma.
 Allí el sepulcro de mi madre tierna
 saludaremos....

RÉGULO. Adorada hija,
 tu madre desde el mundo nos contempla
 de la inmortalidad. Sus pios manes

el interés acatan que me fuerza
á no pasar de aquí.

MANLIO. De Roma en nombre,
el Cónsul Manlio os llama á la presencia
del Senado. Venid.

RÉGULO. Ante el Senado
los ciudadanos solo se presentan;
los cautivos jamás.

MANLIO. A saludaros
vendrá el Senado al templo.

AMÍLCAR. ¿Y aun pudieras
negarte?

RÉGULO. ¿Tú lo exiges?

AMÍLCAR. Sí..... lo exijo.

RÉGULO. Tu prisionero soy..... mi labio sellas.

(Volviéndose alternativamente en todas direcciones y con grande energía de expresion.)

Antes que hoy en los mares de occidente
el sol que nos alumbra desaparezca,
verán Cartago y Roma si del hado
consiguó la enemiga violencia
torcer, al humillarme y abatirme,
la noble rectitud de mis ideas.

MANLIO. Venid ambos, y fuera de los muros
no lejos de este templo, que os ofrezca
Manlio un asilo permitido.

RÉGULO. Romanos,
para dar cima á la gloriosa empresa
que el corazon medita, á prepararme
es forzoso partir.

(Coge del brazo á Publio y le dice con solemnidad:)

Tú jamás pierdas
de vista, hijo querido, que la patria
puede pedir de las pasiones nuestras
el sacrificio..... y sofocarse deben.....
¡y ahogarse, Publio!

PUBLIO. ¡Padre!

RÉGULO. ¡No mas! Piensa
que eres el heredero de mi nombre,
que mi gloria es tu gloria, que no fueras

digno de ser mi hijo, si mancharla
pudieses intentar....

ATILIA. ¡Dioses! ¡Qué fiera
desventura quizá nos amenaza,
y el regocijo á perturbar se apresta?

RÉGULO. No hay que temer. El poderoso Jove
sobre tu padre y sobre Roma vela.

*(Publio y Atilia tienen abrazado á Régulo. Manlio
ordena á los Lictores que abran paso por entre la multitud.)*

ACTO SEGUNDO.

Se ven preparados los asientos para el Cónsul, los Senadores Régulo y Amilcar.

ESCENA I.

AMILCAR, rodeado de Soldados cartagineses.

Visto habeis ya de Roma las murallas.
Estos hombres altivos y arrojados
llevaran el terror en otro tiempo
al poderoso imperio de Cartago.
De tales enemigos la osadía
humillada quedara en nuestros campos,
pero podrían rehacerse. Inútil
es vencer, si la paz y los tratados
no nos dan con el triunfo las ventajas
á que podemos aspirar. Guiarnos
debe en Roma la astucia: sus guerreros
ya triunfan en Sicilia: á nuestros vasos,
del Africa con mengua, aquellas costas
no dan seguridad, puerto, ni amparo,
y vagabundos, á merced del viento,
al mar Tirreno se verán lanzados.

(*Se dirige á uno de los Soldados.*)

Hasta la plaza pública te avanza:
habla allí á los inquietos ciudadanos

de nuestros triunfos: nuestras glorias cuenta:
 exagera la pérdida y quebrantos
 que Roma sufre: introducir procura,
 nuestro poder y fuerzas ponderando,
 la inquietud y la duda venenosa.

(*Dirigiéndose á otro Soldado.*)

Tú le acompañarás: templos y baños
 visita, y de curiosos te rodea.
 Tono incisivo prestarás al labio,.....
 diles que si la guerra no termina,
 Régulo va á morir, sacrificado
 al empeño imprudente que sostengan,
 de indispensable paz los adversarios.
 Id sin demora. Los terribles Dioses
 de Italia, que implacables y tronando
 desde el Tarpeyo monte, al universo
 conmueven: este pueblo denodado,
 feroz, aunque vencido, y ese Foro
 do la voz del Tribuno apoyo santo
 es de la ley, al proclamar los nombres.
 de patria y libertad..... ¿á qué negarlo?
 me admiran, me estremecen, me anonadan.
 La paz..... solo la paz puede salvarnos.

(*Los Soldados cartagineses salen de la escena por entre
 las columnas del foro, hácia la izquierda.*)

ESCENA II.

AMILCAR, *solo.*

En este sitio al popular Tribuno
 es forzoso esperar. Estrechos lazos
 deben unirle á Régulo bien pronto.
 Ama á la hermosa Atilia: interesado
 está en salvar al padre.

ESCENA III.

AMILCAR. LICINIO, *que entra por el foro.*

LICINIO. ¿Con qué causa...

por cuál razón que á penetrar no basto,
pedís una amistosa conferencia
al Tribuno del pueblo?

AMILCAR. (*A media voz.*) Sé cuán caro
Régulo os es.

LICINIO. Sus rígidas virtudes
á servir á la patria me enseñaron.

AMILCAR. En medio de un combate, generoso
la vida me salvó. Permita el hado
pueda hoy pagarle, si evitar los riesgos
consigo que le están amenazando.

LICINIO. Qué riesgos? Habla.

AMILCAR. Al semidios de Roma
suplicio atroz preparan en Cartago.

LICINIO. ¿Qué dices?

AMILCAR. Sí, Licinio: oye y te pasma.

De Juno en el famoso santuario
vibró ante el pueblo voz aterradora
de oráculo inflexible, decretando
que se hiciese la paz con los latinos,
ó en aquellos altares sacrosantos
diera Régulo á Juno la cabeza.
Del templo los ministros empuñaron
la cruenta segur; y ya dispuestos
á derramar la sangre del romano,
al Senado la víctima pedían
que estaba pronta. Entonces en mi labio,
su inspiración la gratitud vertiendo,
á libertar la víctima me lanzo.

«¡Tened! clamé: El oráculo de Juno
sangre no pide aun. ¿Por qué inhumanos
la quereis derramar? Dos los partidos
son que os ofrece: su primer mandato
se lleve á ejecución, cartagineses;
y si intentar las paces fuere en vano,

perezca en ese altar el prisionero.....
 mas respetadle ahora. Desarmado,
 todo enemigo á la clemencia tiene
 derecho." Dijo, y conjuré el estrago
 del popular furor y el fanatismo
 sacerdotal, los dias prolongando
 del ídolo de Roma, que hoy devuelto
 os ha sido por mí. Los africanos
 quisieron que con Régulo yo mismo
 partiese luego á Italia, y que intimidando
 la paz por el oráculo pedida,
 su atroz sentencia conociera el Lacio.
 Mi propuesta aceptad y al prisionero
 la vida librareis; mas si contrarios
 á la paz os mostrais, pensad, Licinio,
 que reclaman los Dioses de Cartago
 su víctima, y volvérsela es forzoso:
 que Régulo al partir les ha jurado
 respetar ciegameute sus decretos;
 y que el pueblo, temible en su entusiasmo,
 quiere paz, ó la sangre de un valiente,
 digno en verdad de compasion.....

LICINIO.

Me abraso

en ira al escucharos..... ¡Fementidos!
 ¿Con tan cruel é infame asesinato,
 de inaudita venganza en los furoros,
 manchar consentiriais vuestras manos?
 ¡Aun fuera del horror de las batallas,
 desastre y mortandad, tigres, soñando,
 la humanidad desconocéis que nunca
 logró hacer penetrar su grito santo
 en tan empedernidos corazones!
 Impios siempre, y sin pudor tiranos,
 ¿aun en el seno de la madre patria
 perseguís una víctima? El mas alto
 desprecio mereceis.

AMILCAR.

¡Cuánta injusticia.....
 y cuánta ceguedad! Calmad, romano,
 la cólera insensata que os agobia;
 urge el tiempo, y conviene aprovecharlo.
 El que no se domina jamás puede
 la suerte dominar. Es necesario.

si del padre de Atilia os interesa la vida conservar, que ante el Senado secundeis mi intencion, del pueblo en nombre; reflexionad, en fin, que rehusando la paz, á los verdugos y á la muerte vais á entregar á Régulo.

LICINIO.

Mas cauto, Amílcar os creí. Roma ya infunde pavor en su desgracia.... ¡Confesadlo! Temeis de nuevo comenzar la guerra, de imprevistos reveses acosados. Efímero y fugaz fué vuestro triunfo. Estais medio vencidos.... Vuestros lauros marchitos, humo y polvo es esa gloria encarecida con orgullo insano. Conozco de la astucia los ardidés, cartagines sagaz; el que aspirando á convencerme seducirme intenta con púnica falacia.... ese en el campo francamente el acero esgrimirá, si esperase vencer.

AMILCAR.

Tribuno osado, no vine á Roma á tolerar denuestos.

LICINIO.

Venis á seducirnos, á insultarnos.

AMILCAR.

Hacer quise la paz: con el cautivo al mar me volveré si no lo alcanzo. Seguidme.... á criminales demasías escarmiento ejemplar guarda mi brazo. Ya conocéis del Africa las playas! Vendrá un dia, Licinio.... un dia aciago.... de luto eterno á la romana gente.

LICINIO.

Tal pretenden, oh Amílcar, los malvados, que nuestras leyes odian. Les impone miedo y terror y confusion y espanto la santa libertad que es nuestra enseña.... y vibran los puñales sanguinarios contra el heróico pueblo, que ya nunca alzará nuevo trono con sus manos á odiada tiranía. Del Tarpeyo cruzó los aires fulgurante rayo sobre Tarquino.... Propios ó extrañeros, son ya en Roma imposibles los tiranos!

AMILCAR. Entusiasta Tribuno, á qué extravío os dejais arrastrar! Pero no extraño de un corazon fogoso los trasportes; bien sé que, á la altivez acostumbrados, tratais dentro de Roma al extranjero con arrogancia....

LICINIO. ¡Amílcar!

AMILCAR. Pronto aguardo reconozcais, Licinio, cuánto á Roma conviene que las paces concluyamos.

(*Amílcar se entra por la derecha.*)

ESCENA IV.

LICINIO, *solo.*

¡Qué acabo de saber! ¡Oh desventura!
 ¡Qué misterio fatal me ha revelado!
 ¡Atilia en duelo y afliccion sumida....
 y huérfana; infeliz! como su hermano!
 Roma en mayor peligro con la muerte
 de su gran campeón! Iluminados,
 Dioses del venerable Capitolio.

ESCENA V.

LICINIO. ATILIA, *que viene por el foro.*

ATILIA. Do quier dirijo el inseguro paso,
 un sombrío y profundo abatimiento
 en los semblantes tétricos pintado
 mi corazon angustia, y á mis ojos,
 es hoy, Licinio, sùebre presagio.
 Del Senado en los pórticos, del Foro
 en el recinto, con terrible amago
 cunde alarmante nueva. Mas.... ¿Te turbas?
 Habla, Licinio. ¡Para mí en tu labio
 no haya secreto!

(*Licinio se cubre con entrambas manos el rostro, y permanece por un momento inmóvil.*)

ESCENA VI.

LICINIO. ATILIA. PUBLIO, *que viene tambien por el foro, y entra precipitadamente.*

PUBLIO. ¡Régulo peligra!
 ATILIA. ¡Qué escucho!
 LICINIO. ¡Acaba!
 PUBLIO. ¡Sí, ya miro alzado
 mortífero puñal sobre su pecho!

ATILIA. ¡Piedad, Dioses, piedad!
 PUBLIO. Quiere el Senado
 esa paz rechazar que á proponerle
 viene Amílcar en nombre de Cartago.
 Al inocente Régulo preparan
 el martirio..... ¡la muerte! Si dejamos
 que á Africa torne, tumba ignominiosa
 le espera abierta ya.

LICINIO. Tal atentado
 consumir no vereis. Yo lo prometo.....
 lo juro por los Dioses soberanos.....
 por Roma, por Atilia..... Sí, cien vces
 lo volveré á jurar. ¡Crímen infando!
 Al pueblo apelaremos; Roma airada
 vengará los derechos ultrajados
 de la naturaleza, á quien insultan
 en sus afectos con baldon y escarnio.
 De la tribuna, do mi voz resuena,
 llene y conmueva el anchuroso espacio
 popular maldicion á los impíos,
 execracion sin fin á los ingratos.
 Los méritos, los triunfos, las proezas
 recordaré del héroe: el digno pago
 que á su virtud, y su valor se guarda
 encarcer sabré..... Tú, Publio, en tanto
 instiga á las legiones y que prontas
 estén á nuestra voz. Al Foro parto.

PUBLIO. En breve aquí vendrán los Senadores.

LICINIO. Que vengan..... no temais. Licinio, armado
 del privilegio de la ley, bien presto
 sabrá oponerse al pernicioso fallo.

¡Si el Senado es injusto, la obediencia
Roma le negará!

ATILIA. Númenes altos,
por Régulo velad, y que no parta
de estos muros. Licinio, tú invocando
del pueblo el nombre, y de las santas leyes
para mi padre el saludable amparo,
conquistarás la gratitud de Roma.....
¡El mundo entero te dará su aplauso!

(Empiezan á entrar en el templo, viniendo de la derecha, y por el centro del intercolumnio, los Lictores que preceden á Manlio. Licinio al verlos abraza alternativamente á Atilia y á Publio: indica á este que salga del templo, como lo verifica en efecto antes de presentarse el Cónsul; y consolando con la accion á Atilia, la conduce Licinio hácia la parte de la izquierda. Queda él en este lado, de frente al Cónsul que al salir se coloca cerca de la punta de la derecha)

ESCENA VII.

LICINIO. MANLIO. *Lictores.*

LICINIO. (*Con entereza.*)
Vuestra palabra, Cónsul, puede hoy mismo
un insigne caudillo arrebatarlos,
ó un vengador volvernlos. Roma quiere
salvar su vida ¡amenazada en vano!
Jamás Licinio consentir podría
que fuese inicuaamente asesinado.
¡Jamás! Pensadlo bien.

MANLIO. (*Con dignidad.*) Siempre afanoso
por el bien de la patria, y no adulando
del pueblo las pasiones y caprichos,
si el pueblo falta á su deber sagrado,
mereceré su estimacion venciendo
con la razon su cólera.

LICINIO. (*Afectuoso.*) Sí, Manlio,
mereced su cariño y bendiciones,
poned fin de la patria á los quebrantos,
Régulo es su esperanza. Aun resplandece.....
¡Cónsul, no le eclipseis! de Italia el astro.

(*Licinio sale de la escena por el foro. Al mismo tiempo*

van entrando por el intercolumnio, de dos en dos, y con paso mesurado, los Senadores. Manlio ocupa un asiento delante de la estatua del Dios Marte. Los Senadores se dirigen por uno y otro lado á sus respectivos puestos. Los Lictores, menos su gefe, se colocan por mitad á los lados de la estatua de Marte. El gefe de los Lictores está á la punta de la derecha, en actitud de esperar las órdenes del Cónsul. Todos los Senadores se han sentado.)

ESCENA VIII.

MANLIO. *Senadores. Lictores.*

MANLIO. De los ilustres héroes de la pátria presididos á un tiempo y rodeados, una sagrada causa nos reúne.
El mundo entero tiene en nuestros labios fijos sus ojos é impaciente espera nuestra resolucion. Que el enviado del Africa parezca, y al momento exponga su mision.

ESCENA IX.

MANLIO. AMILCAR. *Senadores. Lictores.*

(El gefe de estos, recibida la órden del Cónsul, se entra por la derecha, y sale inmediatamente conduciendo á Amílcar. Este ocupa la punta del mismo lado. A la izquierda de Amílcar, y tambien en primer término, queda el gefe de los Lictores. Detras de Amílcar vienen cuatro Soldados de su séquito.)

AMILCAR. La gran Cartago salud por mí os envia, y no demanda en nombre de los Dioses soberanos, que de su fe y deseos son testigos, mas que la amistad vuestra, y el descanso el reposo y quietud del universo,

en horrores sin término abismado.
 La paz pide el oráculo de Juno,
 y yo por él. Legisladores sabios
 de esta nación magnánima, no creo
 os negueis á aceptar solemnes pactos
 que la harán mas feliz.

MANLIO.

El prisionero.

(*El jefe de los Lictores pasa á la izquierda, entra, y vuelve inmediatamente con Régulo, á quien escoltan cuatro Soldados cartagineses, que se colocan á la espalda del mismo. El Lictor vuelve á atravesar el teatro para tomar posicion de nuevo á la izquierda de Amílcar.*)

ES CENA X.

MANLIO. AMILCAR. REGULO. *Senadores. Lictores.*
Soldados cartagineses.

(*Al presentarse Régulo, todos se levantan.*)

RÉGULO. ¿Qué es esto, Senadores? ¿Un esclavo,
 tiene derecho á honor tan distinguido?

MANLIO. Vuestro heróico infortunio respetamos.
 El oprobio y baldon está en la fuga,
 no en la derrota; fueron extremados
 vuestros reveses, pero son gloriosos.
 ¡Erguid la frente, venerable anciano!

RÉGULO. Volver quise á las márgenes del Tíber.....
 aunque estaba vencido y deshonrado,
 y culpable á mi vista y á la vuestra
 de los males sin cuento que arrojaron
 sobre mí y mis valientes compañeros
 los rigurosos enemigos hados.
 Todo se conjuró contra nosotros.
 ¡Ay! ¡Cuántas veces..... ¡Cuántas! fuera grato
 á Régulo el morir!

MANLIO.

En vuestra vida
 vive de Roma el esplendor. Sentaos.
 Continuar podeis vos. (*A Amílcar.*)

AMILCAR.

Por largo tiempo
 Marte y Neptuno de los dos estados,
 con encuentros y choques repetidos,
 la fortuna y poder balancearon;
 mas de reciente guerra los horrores
 ¿quién á un pais pacífico y lejano
 llevó primero? El universo todo,
 cual una vasta herencia contemplando,
 desde el mar de Sicilia hasta la falda
 del áspero Apenino, vuestro brazo
 intentó sujetar veinte naciones.
 Deploraba Agrigento los estragos
 de la sangrienta lucha, y vacilante
 iba ya á ser uncida á vuestro carro.
 Vuestra audacia y orgullo, no contentos
 con rasgar y arrojar el regio manto
 y la diadema de romana sangre
 en horroroso y espumante lago
 humillar otros reyes pretendian,
 lanzando tronos al impuro fango.
 Ya no era tolerable tal exceso.....
 No, y aunque á su pesar, hubo Cartago
 de armar contra vosotros sus legiones
 y vengar del mas débil los agravios.
 Venciera en fin; mas no pretende ahora
 de su triunfo abusar. Mensaje traigo
 de paz y de alianza. Senadores,
 luzca este dia venturoso y fausto
 para dos grandes pueblos que de todos
 fueran por su valor envidia y pasmo;
 que desde hoy se amarán, y en su grandeza
 temerlos sabrá el mundo y respetarlos.

MANLIO.

Basta. El único Dios que nos inspira
 es la gloria de Roma: en holocausto
 al Dios de quien fue cuna y será escudo
 la santa libertad sacrificamos
 públicos y privados intereses.
 Mi lenguaje va á ser leal y franco.
 La armada vuestra debe sin demora
 las costas de Sicilia abandonando
 al Africa volver. ¿Podéis Amílcar
 consentir?

AMILCAR.

Volverá.

MANLIO.

Siendo contrario
al derecho comun de las naciones,
y afrentoso ademas á los romanos,
que con envejecida tiranía
el imperio absoluto, ilimitado
del mar os arrogueis, exige Roma
prometaís y jureis ante el Senado
del mar la libertad.

AMILCAR.

Prometo y juro.

¿Qué mas pedís?

MANLIO.

De Roma en desagravio,
cual prenda de la paz y la alianza
que en el templo de Marte nos juramos,
Régulo es libre.

AMILCAR.

Sí. (*Solemnemente y levantándose.*)

(*Los soldados de Amilcar que estaban á espaldas de Régulo se han separado de este á una señal que aquel les hace, pero permanecen en el mismo lado.*)

MANLIO.

Padres de Roma,
los derechos de Italia se salvaron,
la gloria se salvó y al gran caudillo
la vida y libertad aseguramos.
A tan feliz acuerdo, Senadores,
¿quién se opondrá?

RÉGULO.

Yo. (*Levantándose.*)

MANLIO.

¿Vos?

RÉGULO.

¡Yo! Se está hablando

de la gloria de Roma, y en mi vida
se atreven á pensar. Hijos ingratos
de los Dioses del santo Capitolio,
débil, cobardemente doblegados
ante el fiero destino, aquellos Dioses
os llegarán á ver? No. Peleando,
lavad pronto la mancha ignominiosa
que el lustre empaña de blasones altos.
Solo deben tratar los vencedores.....
venced primero, si quereis tratados.
Sicilia resistió, y aun es de Roma,
y no sucumbirá: la España en tanto
se rebela y procura denodada

sacudir con enérgico entusiasmo
 la opresora coyunda; en tal conflicto
 huyen los invasores con espanto
 la armada sedicion, y para ahogarla
 su ejército dividen..... Fácil paso
 al Africa tencis. ¿Y no alza Roma
 grito exterminador contra Cartago?
 ¿Qué aguardais? ¿Qué esperais? Hijos de Italia,
 se triunfa de la suerte, despreciando
 con alma grande el riesgo. La fortuna
 cede á la intrepidez, al esforzado,
 al impávido aliento. Senadores,
 tan solo el hierro los derechos santos
 de un pueblo libre á respetar enseña.
 Estos envilecidos africanos,
 tímidos en la lid, flojos, cobardes,
 sus quebrados muros rodeando
 de extranjeros venales, compran, pagan,
 libran del oro corruptor en cambio
 la dudosa defensa de sus hijos,
 sus Dioses y su honor. No permitamos
 que ese pueblo desnudo de virtudes,
 esos hombres sin patria, destinados
 parezcan á dictar leyes á Italia.
 ¡Senadores, en Roma no hay esclavos!
 Guerreros tiene el Africa, mas Roma
 guerreros tiene y tiene ciudadanos.
 Veremos nuestras fuerzas aumentarse.....
 y veremos las hordas de Cartago
 cuál perecen, huudidas bajo el peso
 de un eterno desastre. Derrotado
 puede ser un ejército, mas..... ¡nunca
 perece una nacion!

MANLIO.

Si audaces manos
 de enemigos los templos derrocasen,
 y ardiendo en llamas la ciudad, dictarnos
 se intentára la ley, entre cenizas
 y escombros quedaria sepultado
 nuestro honor con nosotros; mas hoy Roma
 no recibe la ley..... paz no imploramos.
 ¿Deberá rechazar la que le ofrecen?

RÉGULO.

Seguid desconociendo en vuestro daño

la voz de la prudencia, pero al ménos,
sueñe en vuestro interior la del agravio.

(*Transportado.*)

Ilustres y valientes compañeros,
yo os ví caer, yo ví despedazados
y con el denso polvo ennegrecidos
vuestros despojos..... Tigres inhumanos,
ardiendo en sed de la romana sangre,
con la vuestra cobardes se saciaron.
Allí los que despues de la batalla,
heridos veces ciento, hechos pedazos,
todavía alentaban moribundos,
fueron uno por uno asesinados.
¡Ebrios en su furor los vencedores
en verdugos al fin se trasformaron!
A la espantosa y bárbara matanza
pude escapar. Con ánsia iba buscando
la muerte, y encontré la servidumbre.
Un puñal me quedó, pero al amargo
pesar que emponzoñaba mi existencia
quise sobreponerme, imaginando
que un dia á la República pudiera
útil mi vida ser. ¡Ay! Entre tanto
sufria yo mil muertes, Senadores.
Restos preciosos del poder del Iacio,
veia yo en fragmentos nuestras lanzas
hacínadas, sangrientas y humeando,
y hasta los mismos muertos al rabioso
frenesí de los vivos entregados.
¿ Los ceos no escuchais del grito agudo
en que ya rompe el funeral osario?
Es el grito de mártires gloriosos
que por la patria con valor lidiaron:
con la sangre preciosa que á torrentes
allí corrió, vuestro deber trazado
está; si quereis paz debeis dictarla.
Id á dictarla al Africa bizarros:
con hierro en mano acometed sus playas:
trepad sobre los muros de Cartago:
junto á sus fosos treinta mil valientes
perccieron; allí nuestros hermanos

la guerra piden y cjemplar venganza.....
 Id á aplacar sus manes irritados;
 sangre africana quieren, sangre tengan.....
 corred, volad, y dádsela, romanos.

AMILCAR. Padres de Roma, sorprendido escucho.....
 y es mengua ya sufrir baldon tamaño.
 Nosotros, si la paz os proponemos,
 no es, no, porque imponerla no sepamos.
 ¿La guerra preferís? ¡Ah! Vuestros hijos,
 durísimas cadenas arrastrando
 pueblan allá los negros calabozos.....
 vierten cautivos doloroso llanto.
 ¡Queréis hacer sus lágrimas eternas
 con su eterno penar..... y condenados
 á olvidar las esposas y los hijos,
 padres y patria, y Dioses..... y espirando
 en oscuras prisiones, ¿no es conmueven
 sus ayes? ¡No pensais en rescatarlos!

RÉGULO. Cuando nuestros abuelos venerables
 la libertad romana proclamaron,
 paz ni hierros no hubieran admitido
 de un vencedor; murieran peleando
 todos bajo las águilas de Roma.
 Initemos su arrojo, y consigamos
 que un rigor justo vuelva á nuestras huestes
 virtudes que otro tiempo las honraron.
 Ni remota esperanza formar puedan
 los que prefieran arrastrarse esclavos
 á morir con honor en las batallas.
 Quien no sabe espirar como romano
 hace traicion al pundonor de Roma.
 La patria manda al enemigo campo
 sus hijos á morir, que no á rendirse.....
 Victoriosos, les ciñe eternos lauros:
 muertos, riega con lágrimas sus tumbas;
 cautivos, los execra.—Sí, execradnos.....
 y por mí comenzad, lleno de infamia,
 con indeleble oprobio señalado,
 porque morir no supe en aquel dia
 de horror y maldicion. Los que lograron
 no ser aun vencidos, invencibles
 serán: los estoy viendo, estoy mirando

multiplicarse en su valor su fuerza.
 Si mil y mil valientes ha robado
 á la patria un reves, no importa, fértil
 es nuestro suelo en campeones bravos.
 Sí... que la sangre de los pueblos libres
 engendra un héroe en cada ciudadano.

AMILCAR. No mas ya. Pronunciad: ó paz ó guerra.

(*Manlio se levanta: los Senadores se le acercan, y le rodean por un momento para deliberar; hecho lo cual, vuelven á sentarse, y continuando Manlio en pié, pronuncia la deliberacion.*)

MANLIO. Guerra y guerra sin término á Cartago.
 La República libre, augusta y grande
 por la boca de Régulo ha fallado
 la decision.

RÉGULO. ¡Triunfé!

AMILCAR. ¡Fieras virtudes!
 Confundido lo escucho.

RÉGULO. Ea, partamos.

ESCENA XI.

REGULO. MANLIO. AMILCAR. Senadores. Lictores.
 Soldados cartagineses. LICINIO, que entra por el foro,
 seguido de pueblo numeroso.

(*Momentos ántes se siente ya el rumor, que arrecia progresivamente, hasta tomar la apariencia de un tumulto. Régulo va á atravesar de izquierda á derecha para reunirse con Amílcar, cuando Licinio, ya en el proscenio, le sale al paso, se interpone y deja á Amílcar á su espalda. El Cónsul y los Senadores están entre Régulo y Licinio.*)

LICINIO. Espera.

MANLIO. ¡Cómo!

RÉGULO. ¡Dioses, qué estoy viendo!

LICINIO. Cercad el templo, amigos! ¡Es en vano....!
 Que no salga de Roma.

PUEBLO. ¡No!

RÉGULO. Tribuno,

rebelde á los decretos del Senado,
sal tú del templo, y tiembla si este día
á perjurar á Régulo forzando,
haces cómplice al pueblo seducido
de un sacrilegio atroz.

LICINIO. No, yo reclamo
de la ley el derecho, Senadores.

PUEBLO. ¡La ley, la ley! ¡La ley!

LICINIO. No des un paso.

(*Por Amílcar que ha hecho un movimiento para pasar al lado de Régulo.*)

MANLIO. ¡Lictores!

LICINIO. Sí..... la vida que te resta
la debes á la patria. El que en su mano
puede esgrimir el fulminante acero
no ha vivido bastante.

RÉGULO. De los años
el peso inevitable y las desgracias,
me tienen, hijos, ya debilitado,
y mi acero á la patria no aprovecha.

LICINIO. No importa, no. En defecto de tu brazo
nos debes tus virtudes. Si juraste,
entre cadenas, Régulo, has jurado.

RÉGULO. Yo juré por los Dioses: mi palabra
les dí, Licinio, y ellos la aceptaron.

MANLIO. Para invocar la ley, audaz Tribuno,
no es forzoso apelar á un desacato.
Lictores, del santuario que profana,
la multitud lanzad.

(*Los Lictores hacen un movimiento como para obedecer la orden del Cónsul. La parte de pueblo que viene con Licinio se habrá adelantado al proscenio, y se agrupa á la espalda de este, en actitud de resistencia.*)

LICINIO. Cónsul, miraos
aun en solo intentar la violencia.

MANLIO. ¡Lictores!

LICINIO. El recinto está sitiado.....

PUEBLO. ¡La ley!

LICINIO. El pueblo es soberano en Roma.....
¡El pueblo es Rey!

- MANLIO. En breve los soldados
vendrán á castigar su atrevimiento.
- LICINIO. Del pueblo-Rey son hijos. Recordadlo....
No al Cónsul ni al Senado, á Roma solo
defenderán. Cual tú son ciudadanos,
los Soldados latinos. Recibieron
de la patria las armas, y juraron
al vestirlas, morir solo por Roma;
no por el Cónsul, no por el Senado.
- RÉGULO. ¡Ah! Cese, cese la contienda, amigos.
El valor y el deber rivalizando
se ven en los romanos corazones.

(Con tono persuasivo.)

Siempre que los poderes del estado
chocan, la causa pública padece.
No resistais: yo quise del letargo
en que Roma dormia, despertarla,
y conseguir que fueseis á vengarnos.
¡Recibid mi adios último! Triunfásteis,
héroes excelsos del antiguo Lacio....
odio por siempre al Africa y los suyos....
¡allá me encontrareis!

- LICINIO. (Al pueblo.) Contra el mandato
del Senado velad. Si nuestros votos
cumplidos no se ven.... Si con amaños
de nuestro seno á Régulo se arranca....
tú de él responderás. (Por Amílcar.)

- AMILCAR. Dónde me hallo
no sé. Todo me anuncia en este dia
la ruina, el exterminio de Cartago.

(Amílcar queda inmóvil en la punta de la derecha. Régulo, que oportunamente se habrá colocado entre el Cónsul y Licinio, procura calmar la visible agitacion de cuantos toman parte en esta escena. Cae el telon, sin deshacerse el cuadro.)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

ATILIA. LICINIO *y Pueblo. Todos aparecen.*

LICINIO. ¡Fuera el temor! A nuestro grito unida
está ya la ciudad; de Marte al templo
segunda vez á Régulo conduce
entusiasmado, delirante el pueblo.
Antes que caiga el sol, los africanos,
no lo dudeis, se alejarán del puerto.
Deseos, voces mil se han confundido
en la sola expresion de un sentimiento;
y de Publio la voz en las legiones
decide ya tambien. El triunfo es nuestro.

ATILIA. ¡Ah! Tú y él arrancais á los verdugos
la víctima inocente.

LICINIO. Satisfechos
con la patria y contigo mis deberes,
ufano debo estar, cuando conservo
vengador tan intrépido á la Italia.

(*Licinio se vuelve á la multitud que le rodea.*)

Traidor se llame, y enemigo fiero
de Roma y de sus Números augustos
el que nos abandone. Los decretos
del pueblo Rey se acaten y se cumplan.
La causa de un valiente defendemos,
y salvando su vida, levantamos
á la romana gloria un monumento.

- PUEBLO. Régulo vivirá. Torne á sus naves
el africano.
- ATILIA. Fuera origen cierto
de nuevas desventuras para Roma
de Régulo la muerte. Abrirse veo,
si mi padre perece, el precipicio
do libertad y leyes, todo á un tiempo
con el postrer suspiro se hundiria
del romano adalid.
- PUEBLO. ¡Muera primero.....
perezca el emisario de Cartago!
Viva tu padre... Sí, todos dispuestos
á perder nuestras vidas por salvarle,
antes que desistir perceremos.
- LICINIO. Guardad este lugar: con las legiones
vendrá aquí Publio.
- ATILIA. Marte, protejednos.
- LICINIO. Si mi arrojó condena, Roma toda
me absolverá á la faz del universo.

ESCENA II.

ATILIA. LICINIO. REGULO, *seguido tambien de Pueblo, entran por el foro. Régulo, sin reparar de pronto en Licinio, se dirige á su hija y la abraza.*

RÉGULO. Hija mia, ¿tú aquí?—¡Cómo!—¡Y Licinio!
¿Te son desconocidos sus excesos?

LICINIO. (*Solemnemente.*)
Me apellido romano, soy Tribuno.....
Cumpliré mi deber.

ATILIA. ¿Y vos los ruegos,
y el voto universal, querido padre,
rechazareis? ¿Y corazon de hierro
vais á oponer á la comun desgracia?
¿No logrará la patria conmoveros
en su afliccion?

LICINIO. ¿Rebelde todavía
sois á su voluntad?

RÉGULO. (*Afectuosamente.*) Hijos, yo espero

morir por ella y por vosotros; digno
seré de ella al morir.

(*De pronto se vuelve Régulo á Licinio, y continúa con
expresion enérgica:*)

Mas tú, ofendiendo
su augusto nombre, á la amistad perjuro...
tú rasgas sin piedad mi triste pecho.
¿Dar pudiste al olvido las jornadas
en que á mi lado mi valor experto
procuraba inspirarte allá en el campo
el amor de la gloria y el desprecio
del peligro y la muerte? ¿No recuerdas
que un buen soldado en tí reconociendo,
te admití á mi amistad, y de mi hija
la mano te otorgué, debido premio
á tus virtudes?

LICINIO y }
ATILIA. }
RÉGULO.

¡Padre!

¡La esperanza
de vuestro corazon, y mis deseos
cumplidos aun serán, queridos hijos!...
¡Desde el umbral de mi sepulcro aun puedo
vuestra union bendecir, y al bendecirla,
si espiro honrado, moriré contento.
¿Amas tú? Jura al Dios de las victorias
servir hoy á la patria, y deponiendo
la resistencia criminal, no empañes
mi opinion y mi gloria. Yo te entrego
con la mano de Atilia otra esperanza.
Salva el honor de Roma, salva á un tiempo
de Régulo el honor, y en tí otro hijo
veré al rendir el postrimer aliento.

ATILIA.

¿Y consentir pudiéramos nosotros
en tan horrible y bárbaro himeneo?
¡No: si está decretado que este dia
partir os vea Roma, yo no quiero
sus muros habitar. A las regiones
do el sol no alcanza mi cariño tierno
os seguiria! Vuestras duras penas
compartiré con vos: los mismos hierros,
el propio calabozo, el aire mismo

que respireis, oh padre, mi elemento
serán desde hoy.... Del Africa las playas,
si vos partis, unidos pisaremos.

En su abrasado clima, mi ternura,
y mi cuidado y mi constante anhelo
velarán noche y día por mi padre,
si no mitigan su dolor acerbo.

Al cruel vencedor, al tigre impío
que os amenaza bárbaro, sediento
de nuestra sangre, la filial plegaria
desarmará tal vez, si en su despecho
puede oírle. ¿Ni quién puñal agudo
contra vos alzará, sin que primero
aquí se cebe en repetidos golpes?

Imolados allí los dos seremos
por los mismos verdugos: de la patria
el nombre santo en nuestros labios yertos
resonará.... y al bendecirle, oh padre,
dignos de Roma, juntos moriremos.

RÉGULO. (*Desprendiéndose de los brazos de su hija, lanza al cielo una mirada terrible.*)

¡Dioses, piedad para mi tierna hija!
¡Piedad! ¡Ella no os debe un juramento!

(*Régulo se vuelve hacia Atilia, y prosigue con el tono de la dulzura y de la persuasión.*)

Armame de valor. ¿Para un romano,
qué es la muerte? Cien veces mi denuedo
luchó con ella y la venció. Tranquilo
cual límite del mal la considero.
Pondré á mis días término glorioso.
Sí, amada hija; el interés de un pueblo
que pronto dictará leyes al mundo,
morir me manda.

ATILIA. ¡Padre!

RÉGULO. (*Dirigiéndose á Licinio.*) Piensa luego
en auxiliar mi empresa; tu designio
abandona, y de Atilia serás dueño.

LICINIO. ¿Y tal me proponéis? ¡Oh! Ni un instante
en mi elección vacilaré. Aquí dentro
arde el amor de Roma, sauto y puro,

cual de Atilia y de Régulo en el pecho.
 Yo adoro, yo idolatro á vuestra hija;
 mas la gloria de Roma hondo silencio
 impone á la pasion en que me abraso.
 Si amenazado el Capitolio excelso,
 contra propia ó agena tiranía
 perecer me mandáseis, combatiendo,
 sellar me viérais con mi sangre toda
 de Régulo y la patria los preceptos.
 ¡ Tambien yo sé morir como soldado !
 Mas al Tribuno hablais: solo del pueblo
 recibe inspiraciones el Tribuno;
 el pueblo es Rey..... él manda, yo obedezco.
 Si lo exigís, renuncio desde ahora
 al cariño de Atilia. Nunca siervo
 seré de mis pasiones é intereses.
 No, jamás á mis ojos tendrán precio
 ante el bien de la patria; si por ella
 hoy la mano de Atilia perder debo,
 seré mas digno de su amor.

(Licinio se retira con el pueblo por el foro.)

ESCENA III.

ATILIA. REGULO. MANLIO, precedido de los Lictores.

MANLIO.

Airada

desencadena su furor violento
 la multitud, de la ciudad se lanza,
 y del Tíber la márgen ha cubierto.
 Jura que en los navíos africanos
 no entrareis, y entregarlos quiere al fuego:
 arde la rebelion: se desconoce
 el poder del Senado: pretendemos
 la paz restablecer y en vano es todo;
 porque á calmar los ánimos inquietos
 no alcanzan persuasiones ni amenazas.
 Triunfa la sedicion; en tal extremo,

la razon se desoye y fuerza alguna no reside en la ley.

ATILIA.

Un juramento que todos maldecimos, pronunciado por vos cuando gemiais bajo el peso de infame esclavitud, á la violencia solo se debe, y los benignos cielos rechazan y proscriben.

MANLIO.

El recinto sitiado está. Ceded á los afectos de Roma que os defiende en su entusiasmo. Las legiones tambien, al ver el riesgo inminente de Roma, sus clamores confunden ya con el clamor del pueblo. Lanzas y escudos le darán su apoyo.

RÉGULO.

¿Y son tales, oh Manlio, los consejos del primer magistrado, que de Roma simboliza el poder? Salid os ruego..... combatid el tumulto, dominadle, ó pereced vuestro deber cumpliendo. Si la ley autoriza á los Tribunos á anular del Senado los decretos, no hay ley alguna que autorice en Roma horrible sedicion. Convocad luego los comicios. Legal la resistencia entonces podrá ser.

MANLIO.

Mas no hay esfuerzo bastante en el conflicto que tocamos. Vuestro hijo.....

RÉGULO.

¿Cómo?

MANLIO.

Publio.....

RÉGULO.

Decid presto.

MANLIO.

Seduca las legiones y á su frente.....

RÉGULO.

¡Ah! ¡No me digais mas! ¡No!

ATILIA.

Los guerreros cuya voz condenais, que criminales parecen hoy ante los ojos vuestros, sosten son de la patria, y la defienden en su aparente rebelion. Mi acerbo llanto uniré á su voz.

(Atilia se retira precipitadamente por el foro.)

ESCENA IV.

REGULO. MANLIO. *Lictores.*

RÉGULO. *(Con un movimiento análogo.)* Detente, Atilia.
No perdais un instante. Disponeos
á calmar la inquietud que agita á Roma.

MANLIO. Voy á intentarlo, mas seré ya envuelto
de la conjuracion en el torrente.

(Manlio, precedido de los Lictores, se retira por el foro sobre el ángulo de la derecha. A traves del intercolumnio se ve cruzar en todas direcciones el pueblo. Publio, que viene de la parte de la izquierda, entra presuroso en el templo; pero al ver á su padre se detiene de pronto, y no llega al proscenio sino con las palabras que el diálogo indica.)

ESCENA V.

REGULO. PUBLIO.

RÉGULO. Publio se acerca. Por favor postrero
sobre él descende y del error le aparta,
pura y santa virtud de sus abuelos.
¿Qué te detiene?

(Publio está inmóvil y no se atreve á mirar á su padre.)

PUBLIO. ¡Dioses!

RÉGULO. Habla, Publio.

Alienta el paso.

PUBLIO. Ni á moverme acierto.

RÉGULO. El pasmo que entorpece tus acciones.....
tu timidez, oh Publio, son agenos
del criminal romano que acaudilla
facciosa multitud. Depon el miedo.
Acércate.

(Publio se adelanta poco á poco. Régulo le coge por el brazo y le arrastra hácia sí. En todo este diálogo está Publio á la izquierda de su padre.)

¿Conoces los deberes

que te impone la patria?

PUBLIO.

Deteneos

La patria.....

RÉGULO.

(*Con una transicion terrible.*)

Pronto, Publio, ¿los conoces?

¡Responde! (*Suelta bruscamente el brazo de Publio.*)

PUBLIO.

Y los acato y los respeto.....

Ni hacer traicion á la virtud sublime
pudiera que inspirásteis en mi pecho.

Servir sus intereses y su gloria,
existir para ella, y cuando el cielo
nos manda perecer en su defensa
arrojarse á la muerte, estos son, estos
los sagrados deberes de un romano.

RÉGULO.

Tales los tuyos son. ¿Y desoyendo
la voz de tu pasion sabrás cumplirlos?

PUBLIO.

¿Lo dudará mi padre?

RÉGULO.

Urge ya el tiempo.

Júrame, Publio, si cumplirlos sabes,
guardar á la virtud sus santos fueros,
y ser fiel á la patria y á mi gloria.

PUBLIO.

Lo juro por mi padre.

RÉGULO.

Sal del templo,

y que tu voz, oh Publio, en las legiones
se deje oír.

(*Tomando el tono de la persuasion.*)

Engañador consejo

en fatal sedicion las compromete.

Yo ignoro todavía..... y no pretendo

saber quién es el seductor infame,

que á su deber traidor..... Mas el proyecto

van á creer formado y dirigido

por nosotros. Baldon y vilipendio

la frente de tu padre cubrirían.

PUBLIO.

Reflexionad... ..

RÉGULO.

Tu rostro que estoy viendo

enrojecerse, oh Publio, por instantes,

de tus puños y nobles sentimientos

no me deja dudar. Querido hijo,

sea tu abnegacion heróico ejemplo

que á los demas decida; estimulados

por tí, desistan de su loco empeño.....

franco paso me dejen hasta el Tíber,
y mi partida amporen.

PUBLIO. ¡Santos cielos!

RÉGULO. Régulo como amigo te lo ruega;
como padre, yo, Publio, te lo ordeno.

PUBLIO. ¡Deidades altas! ¿Por ventura á Publio
es dado ejecutar ese precepto
execrable y atroz? ¿Servir á Roma,
vuestras órdenes, padre, obedeciendo
no es hacerla traicion y asesinarla?

RÉGULO. ¡Ay! Tú á salvarla vas. Mira..... no léjos
de este sagrado pórtico se eleva
un antiguo sepulcro..... allí los restos
descansan de un varon esclarecido.

(Señalando al foro.)

Aquella honrosa tumba, de trofeos
y lauros militares coronada,
que en Roma infunde general respeto,
las preciosas cenizas nos conserva
de un héroe. Mira su irritado genio.....
Mira su sombra en derredor vagando
lanzarse sobre tí desde los senos
de la inmortalidad. Con voz robusta
penetra en tu interior. ¡Oye su acento!
Sacrificó á la patria su existencia
y su amor paternal. Cónsul severo,
dió su vida dos veces por la patria,
y murió en sus dos hijos, que rindieron
á la segur cruel de los Lictores
en tajo vil los juveniles cuellos.
¡Imitémosle, Publio!

(Régulo que ha tomado por el brazo á su hijo, se vuelve de pronto hácia la derecha, y le señala la estatua de Bruto, que es la que está delante del primer bastidor.)

Este héroe es Bruto...

¡Tú tiembblas... tú me entiendes!

PUBLIO.

¡Ay!... ¡Yo muero!

¿Y vos me hablais de Bruto y de sus hijos?

La mal segura planta se atrevieron
á poner, inocentes ó culpables,

de alevosa traicion en los senderos.
 Vos al contrario, de virtud heróica,
 de eterna lealtad fuísteis modelo.
 Truenen los Dioses sobre mí... Perezca
 quien tal escucha. Al formidable aspecto
 de las rasgadas nubes arrojando
 raudal sin fin de centellante fuego,
 no me verán temblar.... pero la idea
 de ser, oh padre, el asesino fiero
 de quien me dió la vida, me anonada.
 Superior á mis fuerzas y á mi aliento
 la bárbara virtud de un hombre impío,
 me indigna hasta el furor: no la comprendo....
 no quiero comprenderla. Ciudadano
 de la gloriosa Roma, no por serlo
 de la naturaleza desconozco
 la primitiva ley, sus fundamentos,
 sus vínculos que engendran y sostienen
 virtudes y poder en los imperios.
 Alma feroz que vagará perdida,
 proscrita en las orillas del Leteo....
 Alma indigna de un padre, yo no admiro
 ni admiraré jamás, ni reverencio
 su crueldad sublime y espantosa.
 Si en ella virtud hubo, yo detesto
 la virtud cuando al crimen se parece.

RÉGULO. ¡Sacrilego! ¿Con tal atrevimiento
 insultas hoy el nombre y la memoria
 de quien nos hizo libres, posponiendo
 su amor y la salud de su familia
 á la salud de Roma? ¿Al que su cetro
 arrancara á los pérfidos Tarquinos....
 Al fundador, al defensor primero
 de la romana libertad, al héroe
 á cuya gloria el orbe viene estrecho?
 ¡Ay! ¡Fatal ilusion! ¡No eres mi hijo:
 no te conozco.... Desparece luego
 de mi presencia; en tí, cual otro Bruto,
 en tí mi infamia y mi deshonra veo!
 Sí, la sangre que corre por tus venas
 yo mismo á las Deidades del Averno
 gustoso ofrecería. El que no arda

de patrio amor en el divino incendio
solo debe decirse mi enemigo.

PUBLIO. ¡Infeliz!

(Va á marcharse, y su padre le detiene. Tono blando.)

RÉGULO. ¿Dónde vas? Si al llamamiento
de la patria marchásemos unidos,
y de la lid entre el fragor y estruendo
que peligraba mi existencia vieses,
al golpe formidable, tal vez cierto,
de una lanza enemiga..... Tú, hijo mio,
aconsejar pudieras que volviendo
al peligro la espalda, con infamia
tu padre huyese? Dí.....

(Régulo abraza á su hijo: luego le pone la mano sobre el corazon, y continúa.)

Pero ya advierto
que te has turbado: tu interior palpita
con mas velocidad, y tu silencio
mas elocuente que tu voz ha sido.

PUBLIO. ¡Padre!

(Régulo extremadamente afectuoso, y como quien finge.)

RÉGULO. Y no pienses, no, que al duro hierro
del sacrificador será en Cartago
inmolado tu padre. No, al momento
que parta yo de Roma, nuestras naves
recibirán en su robusto seno
miles de combatientes, y las anclas
levarán, y el velámen á los vientos
tendido, surcarán mar bonancible,
y en rumbo hácia Cartago á vela y remo,
de Neptuno y de Marte protegidas,
ganarán los confines contrapuestos
antes que en los navíos africanos
los aborde tu padre prisionero.
¿Concibes la sorpresa y el espanto,
el terror y el asombro que al aspecto
de la romana flota el enemigo
va á sentir, Publio? Acometida luego
la ciudad por do quier, amenazada

de muerte sin piedad , la paz pidiendo
que hoy dicta á Roma , sometida en breve
será á nuestro poder. Y vengaremos
el mancillado honor , y las mazmorras
en que gimen las víctimas , al fuego
de incendiarias antorchas , serán , Publio,
de las voraces llamas alimento.

Cartago en su agonía , fulminada
por los romanos Númenes , ardiendo
como cráter volcánico , lanzando
en vez de lava por sus rotos techos
sus delitos , sus crímenes atroces ,
fijar la planta nos verá en su suelo
cuando ya solo escombros y cenizas
vea en su destruccion el universo.

PUBLIO.

¡Virtud encantadora! Te refugias
de la ilusion en los dorados sueños.
Te admiro mas y mas , pero destrozas
cruelmente mi alma.

RÉGULO.

¿Aun no has resuelto ?
¿Vacilarás aun? Pues bien , yo parto.
Adios.

PUBLIO.

Padre adorado..... ¡Ay! Yo no puedo
contradeciros , no. Venga la muerte.
Publio quiere morir á los piés vuestros.
¡La muerte por piedad!

RÉGULO.

Prenda del alma ,
vive para la patria. Alza te ruego
los abatidos ojos y contempla
los ángulos y muros de este templo.
En torno giren , y héroes y mas héroes
hallarás por do quier , que tambien fueron
de males , de desgracias é infortunios
víctimas inocentes otro tiempo.
¿Qué importa que se apreste mi suplicio?
A unirme volaré con Bruto y Decio.
Dispongan de mi vida los verdugos.
¡El alma es de los Dioses!

(Régulo abraza á Publio con toda la efusion del cariño paternal. Quiere hablar: el llanto se lo impide; y no pudiendo pronunciar una palabra, le hace señal de despedida.)

PUBLIO. ¡Oh! ¡Funesto,
desconsolado adios!

RÉGULO. (*Llorando.*) Digna esperanza
de anciano padre..... gloria y ornamento
de su posteridad, ven y en mis brazos
te estrecharé otra vez. Fué pasajero,
débil y momentáneo tu extravío.
¿Tú lloras, hijo? Entrambos lloraremos.

(*Reponiéndose y con entereza prosigue.*)

Corre pronto á las filas..... Que renazca
la subordinacion; dá tú el ejemplo.
Falto de apoyo cesará el tumulto.
Diles que yo he nacido para ellos,
que no me priven de morir con gloria.

PUBLIO. (*Va á marchar, pero vuelve desde el centro del
escenario, y arrojándose en los brazos de su padre, dice
con el acento de la desesperacion.*)

¡Otra vez y no mas!

(*Se va Publio por el foro, izquierda.*)

ESCENA VI.

REGULO y despues AMILCAR.

RÉGULO. ¡Cómo padezco
al verle padecer! Patria adorada,
insigne Roma cuyo nombre llevo
siempre en mi corazon y en mi memoria.....
Inclitos héroes que el profundo sueño
de la tumba dormís, ya por vosotros
no me es dado lidiar; mas el consuelo
de que sereis vengados tranquiliza
mi alma. Sí, mis votos se cumplieron.
¡Ah! Roma es siempre Roma.

(*Desde que Publio salió de la escena se ha hecho muy
sensible el rumor popular, que crece y arrecia en este mo-
mento. Amilcar viene por la derecha presuroso y desfavorido.*)

AMILCAR.

Se embravece

el tumulto.

RÉGULO. ¿Qué dices?

AMILCAR. Al extremo
llega el desórden ya. Roma en sus iras
de la razon y de la ley el freno
sacude y rompe. Roma nos insulta,
persigue y amenaza.... y sorprendiendo
la buena fé de un hombre que seguro
debió creerse, desalmados, ciegos,
mil asesinos á mi vida atentan.
Miradlos, sí, mirad....

RÉGULO. ¿Podré creerlo?

(*La multitud invade el templo, en persecucion de Amilcar. Algunos traen espadas desnudas. Régulo se interpone, haciendo frente al pueblo.*)

ESCENA VII.

REGULO. AMILCAR. Pueblo.

RÉGULO. ¡Tened! De vuestra vida yo respondo.

PUEBLO. Muera el traidor y á Régulo salvemos.

RÉGULO. ¿Estoy en Roma ó dónde? ¿Sois romanos?
¿Qué espíritu infernal puede traeros
á perpetrar un crimen tan infame?
¿Olvidareis tambien que le protejo
y amparo yo? Delante de Cartago,
en las playas del Africa ver quiero
vuestro valor y cólera. Dar muerte
al enemigo cuando está indefenso
es un asesinato, una perfidia,
y en presencia de Marte un sacrilegio.

ESCENA VIII.

REGULO. AMILCAR. LICINIO. Pueblo.

(*Licinio entra presuroso por el centro del intercolumnio; se abre paso á traves de la multitud, y queda delante de es-*

ta y á la derecha de Régulo. El Pueblo dominado por la voz de Licinio, se retira y se agrupa en la punta de la derecha.)

LICINIO. ¿Quereis que el mundo os llame imitadores de Cartago? No: viva el mensajero.....
viva, pero del Tíber las orillas
él y los suyos abandonen luego,
y que partan sin tí. Tal de los Dioses
es hoy la voluntad; tal el deseo
de Roma.

RÉGULO. ¿Y mandarán lo que condena
el honor? No; jamás. Del mundo entero
escarnio fuera la nacion famosa
de lealtad y de valor modelo.
Respetaos vosotros, si del mundo
preciais la estimacion.

(Régulo se apodera de la espada de un ciudadano romano.)

Con este acero,
á proseguir en tan fatal delirio,
sabré librarme de baldon eterno.

ESCENA IX.

REGULO. AMILCAR. LICINIO. ATILIA. Pueblo.

(Atilia entra por el foro, desolada y en la mayor consternacion, y va á arrojarse á los pies de su padre.)

ATILIA. ¡Idolatrado padre!

RÉGULO. *(Rechazándola.)* ¡No te acerques!

ATILIA. Señor, por vuestros hijos.....

RÉGULO. *(Le vuelve la espalda.)* Yo no tengo
hijos ya..... ¡No! la patria es mi familia.
Retírate..... ¡Romanos, parto ó muero!

(Régulo va á herirse con la espada que tiene en la mano. Grito general. Licinio sujeta el brazo de Régulo, pero no le desarma.)

ATILIA. *(Arrodillada.)*

Mis lágrimas, oh padre, poderosas
á ablandaros serán y á enterneceros.

RÉGULO. Para hacer que yo falte á mis deberes ,
quebrantando un solemne juramento ,
nada es bastante.

ATILIA. ¡ Dioses ! ¡ Ay ! ¡ Yo espiro !

RÉGULO. Ese abundante llanto que vertiendo
están tus ojos, dásele á la patria,
no á mí. Lamenta su afliccion y duelo.
De encontradas pasiones é intereses
hoy la combate el huracan deshecho.
Déspotas y tiranos la amenazan.....
compadécela , pues.

LICINIO. Publio, cubriendo
con numerosas fuerzas el recinto,
vuestra salida impedirá.

ESCENA X.

REGULO. AMILCAR. ATILIA. LICINIO. *Pueblo.*

(Publio , que entra por el foro , trae en la mano la insignia de una de las legiones. Siguen á Publio algunos Soldados romanos , que forman el Cuneo , colocándose sobre la izquierda y dando frente al pueblo. Detrás de los Soldados entran los Lictores y Manlio , que trae esta vez como cuando se le vió en el Senado , la púrpura y el laurel de oro. Los Lictores quedan entre los soldados y la estatua de Marte , dando tambien frente al pueblo , y delante de los Lictores se coloca el Cónsul. Resto de pueblo , con armas cortas , que toma posicion entre las columnas del foro.)

RÉGULO. *(A su hijo.)* ¿Qué has hecho?

PUBLIO. Cumplir vuestro mandato.

RÉGULO. Dí.

PUBLIO. Renace

en las filas romanas el sosiego,
y terminó la sedicion. La senda
que del bosque sagrado guia al puerto
coronan los soldados, decididos
á dejaros partir.

AMILCAR. *(Sorprendido.)* ¡Qué escucho!

ATILIA. ¡ Cielos !

RÉGULO. Por el mejor de mis amigos todos....
por un héroe desde hoy, Publio, te cuento.

(*Dirigiéndose á Amílcar, y con una mirada de alto desprecio.*)

¡Al Africa, extranjero! Allá, hijos míos,
me seguireis en breve.

ATILIA. (*Volviéndose al pueblo.*) ¡Socorrednos!

RÉGULO. (*Inspirado.*)

No haya paces ni treguas con Cartago.
Sus destrozados y humeantes restos,
en escombros informes y en cenizas
van á ser mi glorioso mausoleo.
¡Quién cual yo venturoso!

ATILIA.

¡Padre mio!

¡Esperad! ¡Ay!

LICINIO. (*Conteniéndola.*) ¡Atilia!

RÉGULO.

Léjos.... ¡léjos

de nosotros dolores impotentes!

A las armas, romanos, y antes muertos
que otra vez por el Africa vencidos.

(*El pueblo rompe en un grito de dolor: las matronas romanas lloran: Régulo se apodera de la insignia de Publio.*)

Sangre, sangre, no lágrimas queremos.
Por la postrera vez alza mi brazo
la santa enseña del romano pueblo.
Juradme por los Númenes augustos
protectores del Tíber, que, venciendo,
del Capitolio á la perpetua gloria
fieles sereis.

MANLIO.

Así lo prometemos.

PUBLIO }
SOLDADOS. }

Te lo juramos.

LICINIO }
PUEBLO. }

Sí, te lo juramos.

(*Deshecho instantáneamente el Cuneo, todos los soldados se han agrupado en medio círculo al rededor de Régulo, y para pronunciar el juramento levantan é inclinan sus lanzas, hasta tocar con las puntas la corona de laurel de la insignia, cubriendo el águila romana: Publio desenvaina la*

espada , y lleva la punta en la misma direccion: el Cónsul extiende la mano derecha en el propio sentido, despues de haberse quitado el laurel de oro que arroja á los pies de Régulo : los Lictores levantan las fasces á espaldas de Manlio: Licinio , que tambien trae una espada en la mano, y todo el Pueblo, tienden los brazos y las armas siguiendo el indicado movimiento ; Atilia, sostenida por algunas mugeres , no toma ya parte en la accion.)

RÉGULO. Nada, pues, me detiene. Compañeros,
 al otro lado de los anchos mares
 muy pronto reunidos nos veremos.
 Patria, Cónsul, Soldados, Ciudadanos,
 adios quedad. A señalaros vuelo
 la senda que conduce á la victoria.
 ¡A Cartago!

GRITO GENERAL ¡A Cartago volaremos!

(Régulo parte. Todos le siguen, menos Atilia y las que la sostienen. Cae el telon.)

FIN DE LA TRAGEDIA.

THE END OF THE WORLD

